

La sobriedad del corredor de fondo

Luis Bagué Quílez

Ángel García López (Rota, 1935) ha leído todos los libros, ha ganado (casi) todos los premios y ha merecido los elogios de las primeras espadas de nuestra literatura. Sin embargo, su voluntad creativa requería un asedio crítico que contemplara sus aportaciones desde una perspectiva abarcadora. El volumen *La poesía de Ángel García López*, coordinado por José Jurado Morales, cumple esta delicada tarea, pues ofrece un completo acercamiento a la figura y a la obra del poeta. Además, ubica su producción en un contexto más amplio, que permite explicar su singularidad sin necesidad de relegarlo a los arrabales *excéntricos* en los que nos complace imaginar a los autores excepcionales.

De hecho, el devenir de García López se inserta sin dificultades en el difuso contorno de la promoción del 60, un grupo agremiado por su heterogeneidad, a medio camino entre el realismo expansivo del 50 y las irisaciones culturalistas del 68. Su primer libro, *Emilia es la canción* (1963), anunciaba ya una lírica neobarroca, ahormada en las formas tradicionales. Las alusiones artísticas, las reflexiones metadiscursivas o el temporalismo elegíaco eran algunas de las características que acabarían convirtiéndose en patrimonio irrenunciable del autor. El propio García López sintetizaba, en unos «Apuntes para una poética», los dos cauces paralelos por los que discurría su obra: la incansable búsqueda de

José Jurado Morales (ed.), *La poesía de Ángel García López*, Visor. Madrid, 2011.

la belleza y el bálsamo vivificador del lenguaje, destilado en su particular alquimia verbal. A ello habría que sumar una pudorosa concepción autobiográfica, una *fe de vida* que vela y desvela al mismo tiempo la circunstancia existencial latente en los versos. Así lo señala el escritor en las palabras de «acción de gracias» que sirven de pórtico a este estudio.

El primer bloque, «Bajo el signo de la amistad», reúne las declaraciones de compañeros de viaje o de mester. En las semblanzas que le consagran Benito de Lucas y Joaquín Márquez coexisten la admiración hacia el poeta y la conciencia de haber recorrido una andadura común. Asimismo, los testimonios de Luis Alberto de Cuenca y de Jaime Olmedo Ramos inciden en el magisterio de un amigo cercano, con quien compartir anécdotas, complicidades y lecturas.

El segundo bloque, «Miradas al conjunto», propone una visión panorámica de las diversas tonalidades que Ángel García López maneja con envidiable soltura. Participan en este apartado Felipe Benítez Reyes, Ángel L. Prieto de Paula, Jaime Siles, Tomás Rodríguez Reyes, Juan Antonio Sáez, Carlos Clementson, Ana Sofía Pérez-Bustamante Mourier, Manuel Gahete Jurado, Abraham Madroñal y José Cenizo Jiménez. Los capítulos iniciales se centran en la encrucijada entre tradición y modernidad en la que se sitúa el autor, de cuya categoría de «clásico contemporáneo» dejan constancia los trabajos recopilados. El análisis de sus poéticas implícitas y explícitas revela un programa en el que confluyen el repudio de la obviedad, la valoración de la escritura como indagación espiritual o la reivindicación del destello intuitivo. He aquí la machadiana «palabra en el tiempo», sumergida en el caudal de las vivencias y del pensamiento. Más allá de su ideario, la radiografía estética de García López exige una comprensión global que certifique la peculiar urdimbre de su *textura*. No en vano, la armonía recíproca de expresión y contenido se manifiesta tanto en el cultivo de los metros tradicionales –respuesta desafiante a la *angustia de las influencias* decretada por Harold Bloom– como en el dominio de la respiración versicular y del aliento coral. En ambas modalidades se advierte una preocupación semejante por la maestría rítmica y por la versatilidad de registros. A lo largo y ancho de sus antologías y de las ediciones de sus obras completas

se puede apreciar no solo la pervivencia de su legado, sino la constante voluntad de enriquecer su modulación discursiva con nuevos acentos. De la compleja ciencia de la genealogía literaria se encargan los artículos que exploran las distintas (con)figuraciones de un paraíso que a menudo adopta la silueta de un Sur mitificado y edénico. La estirpe becqueriana, la asunción de una tradición sensualista y reflexiva —que va desde la encarnadura barroca hasta la constelación paganizante del grupo «Cántico»— y el equilibrio entre el himno, la epopeya y la elegía constituyen las claves del eclecticismo del autor. Pero no menos relevante que esta herencia plural es la tensión mantenida con Lope de Vega o Antonio Machado, a quienes García López nombra númenes tutelares de su «religión de lenguaje». No obstante, el entramado de homenajes directos y de citas transversales no desemboca en una textualidad *palimpsestosa*. Al contrario, su depurado lirismo acompaña al lector en sus vislumbres y deslumbramientos.

El tercer bloque del ensayo, «De principio a fin», plantea un itinerario guiado por los títulos más representativos del autor, de la mano de María Payeras Grau, Pedro Martínez Montávez, María Teresa Naverrete, Manuel J. Ramos Ortega, Juan José Téllez, Pedro A. González Moreno, Juan José Vélez Otero, Rafael Alfaro, José Luis Bernal Salgado, Nieves Vázquez Recio, José María García López, Olga Rendón Infante, Rafael Morales Barba, José Jurado Morales y Miguel Soler Gallo. La obra inaugural de Ángel García López, *Emilia es la canción* (1963), despliega en sus páginas una cartografía experiencial, un mapa afectivo y una cronología interior. El prestigioso «Adonais», del que obtuvo el accésit (en 1967, por *Tierra de nadie*) y el primer premio (en 1969, por *A flor de piel*), sancionaría ya un camino orientado por la firmeza de estilo y por un tamizado simbolismo. Tras el díptico *Santo oficio*, compuesto por *Elegía en Astaroth* (1973) y *Auto de fe* (1979, aunque acabado antes), *Mester andalusí* (1978) enmarca su gozoso mestizaje cultural en el movedizo espacio de la Transición política española. Dos años después aparecerá el estremecedor *Trasmundo* (1980), donde la experiencia de la enfermedad y la proximidad de la muerte cristalizan en la inmediatez elocutiva del diario. Más atenido a una dimensión evocadora, *Medio siglo, cien años* (1988) funciona como una provisional *summa vitae*, una «memoria de lo

vivido» o un «retorno de lo vivo lejano». Mientras que *Territorios del puma* (1991) se adentra en una formulación culturalista, *Glosolalia* (1998) trasluce una suerte de «cinismo irónico» en torno a las funciones y disfunciones del discurso. Este giro metapoético se extiende a la revisión de los *topoi* románticos en *Mitologías* (2000). La rotundidad de los poemarios anteriores contrasta con las obras en las que García López juega al tono menor para pronunciar altas verdades en voz baja. Así ocurre en sus eventuales incursiones en el género infantil o en sus *Apócrifos* (2004), que remedan el molde cancioneril, la iconografía del amor cortés y la naturaleza emotiva de la lírica medieval. Su último libro publicado hasta la fecha, *Universo sonámbulo* (2006), se estructura como un conjunto de homenajes a sus autores de cabecera. Esta meditación conclusiva, escrita desde el horizonte de una serena trascendencia, encuentra un sugerente epílogo en *Postdata*, en prensa cuando redacto estas líneas.

En definitiva, *La poesía de Ángel García López* recoge las inquietudes de quien nunca ha dejado de preguntarse por los misterios esenciales que acechan a la vuelta del poema. Esta monografía aspira a restituir, en carne y verso, la imagen de un autor y la magia de una obra rica y profusa, cuya variedad de registros no está reñida ni con la vocación de permanencia ni con el «dolorido sentir» frente a los avatares de la condición humana ©